Tu refugio entre las flores

Tras los muros un reino de armonía
quedaba fuera del dolor y el miedo,
del pasado que hiere sin compasión
de la pérdida del vital afecto
y cerca del evocado abrazo materno.
En ese mínimo edén de la seguridad
lejos del descontrol, de la inquietud,
todo era belleza, fragancia y verdad.
Bajo su escudo, la crueldad sucumbía
al avistar la primera altiva rosa
o frente al hálito de mágico aroma
del jazminero, carnoso e inmaculado,
en su pureza totalmente nevado.
Se vetaba allí a las rastreras malezas
que asomaban entre el pedregullo
con su ávido deseo de reconquista,
en su afán voraz por tu intimo reino.
Cantaba en esa corona de los arriates
cada piedra nimia brillando al sol
los atributos de los hijos minerales,
bajo la música del sabio creador

que tañían tus amorosas manos,

en este cosmos equilibrado y sano.

Vivía en este reino un fuerte sauce

reverenciando agradecido tus pasos

que desplegaba alfombras otoñales;

y ante el feo y fiero muro lindante,

velaban de verdores amables las hiedras

acotando la frontera de tus arriates.

Estrellas salían en la soleada risa

de enormes girasoles para secar

acres lágrimas que inundaban

tus noches de miedos y fantasmas.

Había una complicidad mutua

de interdependencia vital entre tú

y las coloridas rechonchas dalias

cuando la brisa se allegaba a tu reino,

para tener también ella caricias

y prender entre tus cabellos

fecundas sutiles promesas

engarzando tu pelo de panaderos.

Temblor matinal de gemas rutilantes

del sol sediento ocultas y sabias

de su abrazador y letal romance

entre los pétalos de las gazanias.
Flores que en nublados días fieros
selladas vivían; siendo de ti misma espejos,
protegidas del temido invierno
que venía a tu cama manchando de carbón
las flores mustias de tu camisón.
En el jardín, una guardia de achiras
impedía plantar los pies y sus pezuñas
a ese monstruo llamado angustia
y tajantes espadas de San Jorge y
espinosos cactus lidian con la negrura.
Los ojos de estos seres entregados
eran las ventanas de tu dormitorio
que anhelaban ver abrirse primaverales,
pasados los retumbes de tus tormentas
entre juegos con aladas fieles
aterciopeladas, cromáticas, zumbonas,
libando mil gratificantes dulzores
en este rincón del mundo estético
de amor recíproco y sin cálculo.
Allí eras la reina y sierva sin pudor,
al hincar tus rodillas en la dura tierra
como un devoto ángel de la guarda

exorcizando invasoras malas hierbas,
afanadas en plantar las semillas
del ejercito dañino de la destrucción.
Firmes presentaban armas los gladiolos
entre vaivenes de cinias como pompones
y agitaban rubias barbas los choclos
sincronizadas al ritmo de las rachas
de viento que saludaba a las cometas
entre las nubes del aire enamoradas.
Con luciérnagas como astros fugaces
en el jardín hubo noches estrelladas
con un cielo azabache y titilante de luces
entre fragor de aromas a paz de alma
como promesa de una última estación,
más benigna contigo, para darte calma.
¿Sabías que tenías una corte de querubines
fragantes, sumisos a tu natural cuidado,
como divina gea de los seres frágiles?
¿Viajeros astrales de tu mirada al cielo
al enraizarse a tus jardines fértiles?
¿Y que tú eras el nexo terreno,
con los azules cielos etéreos?

En un congelando instante

hoy aquel refugio es historia

y todos sus pobladores rendidos

solo habitan en mi memoria.

Todos a salvo laten vivos en mi pecho,

mas aguardan como en vigilia,

un día final para regresar contigo,

el día que un punto, cierre mi historia.

Terrassa, 19 de noviembre de 2016